

## *Si bien se mira...*

**S**i bien se mira, el tiempo no está tan vacío como creemos a veces, cuando no estamos acostumbrados a mirarlo cara a cara y de pronto, sin preparación, nos encontramos a solas con él. Me parece que también a mí al principio me desesperaba ver pasar las horas tan monótonamente, una detrás de otra, sin que ninguna trajera nada nuevo que no fuera ella misma, la hora del día que ella era y que parecía bastarle para sentirse cumplida y satisfecha, como si no le pasase por su imaginación de hora que podría traer dentro otra cosa. Digo que me parece, pero no estoy muy seguro, porque después poco a poco el tiempo empezó a ser para mí tan lleno y tan poderoso, que lo que sentía antes de ese periodo me resulta demasiado alejado y volátil. Es verdad que entonces yo era mucho más joven, pero no sé si eso explica algo, porque veo que entre ustedes son tal vez algunos de los más jóvenes los que más se asustarían de encontrarse a solas con el tiempo. Además debo decir que nunca estuve del todo y para siempre a solas. Mi vida allá arriba podía tener algunos parecidos con la vida en una isla desierta o en una cárcel, pero en muchos otros aspectos no tenía nada que ver con esas cosas. En cierto modo yo era libre, estaba allí por mi propia voluntad y no por algún castigo o por alguna catástrofe. No estaba ni encerrado por los hombres ni separado de ellos sin remedio. De modo que si en un sentido es verdad que estaba tan solo como muy pocos hombres lo han estado, también es cierto que siempre tuve comunicación con mis gentes y con la tierra a la que seguía perteneciendo.

Una vez al mes subían hasta la torre Baldomero y sus dos asistentes, que no siempre eran los mismos; la gente de mi casa emprendía cada vez que era posible el viaje hasta mi guarida, y de vez en cuando algún viajero, algún curioso o algún intrépido aparecía inesperadamente. Y además estaban las Fiestas, dos veces al año, en que yo bajaba a las llanuras y volvía a ver a todos y a hablar con ellos. El tiempo no era sólo una rueda de horas, de días y de estaciones que volvía a traer siempre las mismas cosas, en la que el día sucedía a la noche y la noche al día, y el invierno regresaba después del verano y Baldomero volvía a llegar y volvía a partir, sino que a la vez cada año me traía cambios y novedades: en el pueblo nacía y moría gente, los jóvenes se casaban y los niños crecían y tomaban oficio; Baldomero mismo podía haber sustituido a uno o a los dos muchachos que lo acompañaban y su vida iba avanzando y cambiando mientras se repetían sin cambio sus viajes mensuales a la torre. Incluso mi vida avanzaba y cambiaba; yo no era nunca el mismo, cuando regresaba una estación, que el que había

sido cuando un año antes había empezado esa misma estación, ni siquiera, cuando Baldomero reaparecía al pie de la cuesta, el mismo que lo había visto asomar en el mismo recodo del mismo camino treinta días antes. Era eso lo que hacía que el tiempo fuera para mí tan denso, tan visible, casi corpóreo: esa sorprendente cualidad que hacía de él una perpetua inmovilidad, un giro que volvía siempre a las mismas etapas sin avanzar, y a la vez un perpetuo cambio, una marcha inflexible y sorda que desplazaba y transformaba esas etapas mismas, de modo que ese mismo tiempo que volvía a traerme la aurora del día y la primavera del año, las provisiones mensuales de Baldomero y las Fiestas con los míos, era también el que hacía que esas cosas, por haberlas tocado ya antes él mismo, no fueran ya las que el propio tiempo trajo otras veces.

Y yo, desde mi torre, pensaba a menudo que era el único que podía sentir con tanta claridad todo esto y mirar tan desnudamente la presencia inmediata y continua del tiempo, como si estuviéramos él y yo frente a frente mirándonos a los ojos sin pestañear. Durante largas horas, sentado en el parapeto de la pequeña terraza, al pie de la torre, miraba desplegarse hasta perderse de vista la inmensidad de la llanura, contemplaba la variedad de los bosques, los sembrados, los arroyos y los caseríos, toda aquella fisonomía tan familiar que le habían dado los hombres de allá abajo, como un gigantesco rostro dormido que ellos no habían visto nunca, y observaba los pequeños signos apenas visibles de su actividad. Y me parecía como si el tiempo fuese una gran marea transparente que cubría todo aquello y lo removía con una lentitud imperceptible, y que ellos, sumidos en el fondo de aquella marea, por eso mismo no podían verla, como no podían ver el rostro de conjunto de la llanura a la que vivían pegados como hormigas; y que sólo quien pudiera como yo dominar aquel vasto horizonte podía percibir la lenta transformación de la tierra, el bascular de la aurora hacia los valles, el descenso de las heladas desde los picos: que sólo ése podía ver volar en la luz el radiante cuerpo del tiempo del que ellos sólo veían la sombra.

Después llegaba el día de las provisiones. Apenas levantado, mientras reanimaba el fuego, me ponía ya a repasar mentalmente los encargos que durante todo el mes había ido diciéndome que le haría a Baldomero. Siempre se me olvidaba algo y siempre lo recordaba de pronto, claramente, demasiado tarde, cuando Baldomero y sus asistentes estaban ya a varias horas de la torre. Ese día nunca me alejaba mucho. Verificaba si tenía bastante agua, iba a acarrearla si me parecía que podía faltar y ponía en la sala un poco más de orden que de costumbre.

Si el tiempo era claro podía divisar las tres mulas desde mucho antes de que llegaran, en el más lejano de los tres recodos donde el sendero quedaba visible desde la torre. En el segundo ya se podían distinguir a veces las figuras más pequeñas de los tres hombres. Cuando por fin aparecían al pie de la última cuesta yo casi siempre me apartaba del parapeto y entraba un momento en la sala, como si fuera a avisarle a alguien que ya llegaban. No sé por qué nunca bajaba, a pesar de mi impaciencia, para salirles al encuentro. Siempre me las arreglaba para tener algún trabajo entre las manos mientras los miraba desde el parapeto trepar laboriosamente la cuesta, y sólo en el último momento, cuando ya estaban a distancia de hablar, interrumpía mi tarea y los esperaba de frente con las manos quietas. Nos saludábamos con las mismas fórmulas estereotipadas de siempre y Baldomero empezaba en seguida, casi sin mirarme, sin sonreír nunca, a descargar su mula, ordenando con un gesto a sus asistentes que hicieran lo mismo con las otras. Cuando la mula estaba por fin liberada de su carga, Baldomero le daba siempre unas cuantas palmadas y restregones en el lomo, y parecía que fuese él mismo el que hubiese quedado aliviado de las pesadas alforjas. Después daba a los muchachos indicaciones para que llevaran las mulas al cobertizo de atrás y les dieran algo de pienso. Sólo entonces entraba en la sala y se sentaba ante mi mesa. Mientras tomábamos el primer trago y él se permitía por fin resollar un poco, yo miraba la banda de cuero que le cruzaba el pecho con la placa de cobre en medio, los profundos surcos inflexibles de su rostro seco, el polvo pegado a sus sienes, y me parecía ver en todo eso, y en la lentitud fatigada y firme de sus gestos, en la limpia impasibilidad de su mirada, una serie clara y coherente de signos que me hablaban de sus marchas continuas, de sus trabajos y su inigualable conocimiento de los caminos, toda una soledad comparable con la mía, una larga familiaridad con la paciencia, la lentitud y el silencio que le habían enseñado también a él a convivir con la gran fuerza invisible del tiempo y a escuchar su respiración poderosa. De eso no podíamos hablar, pero era ese conocimiento compartido lo que me hacía saber que tenía que esperar con calma a que llegara el momento, reconocido en silencio por los dos, de abrir las alforjas y empezar a amontonar en mi mesa, en orden, mis provisiones del mes.

Mientras, sus dos muchachos habían regresado del cobertizo. Si hacía calor, yo les ponía una palangana en la terraza y les vertía agua en abundancia. Siempre espiaba con delicia ese momento en que se enderezaban con la cara mojada e interrumpían un instante los restregones con que habían empezado a secarse para quedarse mirando impresionados, con el trapo entre las manos, los cabellos revueltos y las pestañas pegadas, la vista majestuosa que se extendía lejísimo, muy abajo, a nuestros pies. Si el muchacho era nuevo, yo podía ver formarse en sus ojos los pensamientos que tal vez no sabría expresar en palabras: esa conciencia de estar viendo por primera vez el verdadero rostro de la tierra en que vivía, esa sorpresa de saber que era allí, entre aquellas hormigas, donde se agitaba y trabajaba y soñaba y sufría. Cuando por fin los muchachos se reunían con nosotros en la sala, repantigados y un poco atontados ante sus vasos, yo sentía la admiración casi supersticiosa con que me miraban de reojo, como a un ser legendario del que seguramente oían hablar a veces allá abajo, y que les parecía de una

substancia más prestigiosa por el hecho de que lo creían totalmente reducido a unos cuantos rasgos inolvidables y extraños. Baldomero iba anunciándome, en breves frases incoloras intercaladas de largos silencios, las pocas noticias que podía traerme; preguntaba después, más para asegurarse que para descubrir nada que no supiese ya, por los pequeños cambios acaecidos en mis parajes, el estado de los caminos, el avance de los diversos ciclos de floraciones y maduraciones y generaciones de animales, las fases de sus desarrollos y las etapas de sus hábitos, y después terminaba en silencio, mucho más despacio que los muchachos, los bocados que yo les había servido, antes de levantarse y sacar de alguno de sus abultados bolsillos el pedacito de papel renegrido en los pliegues y el cacho de lápiz romo. Mientras sus muchachos iban a buscar las mulas, repasaba, lenta y torpemente, la lista de todo lo que me dejaba y apuntaba con dificultad los encargos que yo añadía a la provisión reglamentaria.

Siempre había un momento de vacío y estupor cuando los veía desaparecer de nuevo en camino hacia su siguiente etapa. Y casi siempre, un poco más tarde, el brusco recuerdo de algún encargo olvidado, que me hacía sentir agudamente la lentitud, la vaciedad de los treinta días de espera, aquella sumisión impotente a la sorda ley del tiempo. Pero luego volvía a desplegarse aquel gran lujo misterioso de la soledad, el avance de las horas altivamente impúdico volvía a llenarlo todo, y yo volvía a pensar en los hombres que allá abajo me olvidaban quizá y de los que sin embargo yo era el centinela, colocado allá arriba, me parecía, más para ser el testimonio de ellos ante el tiempo que para vigilarlo.

Cuando iban llegando los fríos yo empezaba a mantener el fuego durante todo el día. Mientras estaba afuera, recogiendo leña, o buscando bayas y frutos silvestres, o recorriendo mis trampas de caza, o yendo a buscar agua, dedicado en fin a cualquiera de esas tareas que realizaba para mí solo, la idea de las brasas que dormían en mi chimenea esperando mi regreso me llenaba de una tenue alegría, como si algo en la boca de mi estómago respondiese de lejos a aquella roja respiración. Cuando volvía a entrar en mi espacioso cuarto único y me sentaba ante el fuego, inclinado hacia adelante y metiendo las manos en el borbotón de calor, volvía a pensar en mi gente que allá abajo proseguía sus tareas, y me parecía verlos moverse, ir y venir, salir y entrar, teniendo siempre como centro un fuego como el mío, del que se alejaban sólo para volver a acercarse, alrededor del cual acababan siempre por encontrarse para hablar unos con otros y para mirarse tranquilos, apaciguados, anclados. Y sentía cómo ellos, manteniendo sin mí los lazos y los hábitos que los unían y alimentando y cuidando la casa con que los simbolizaban, me sostenían a mí en mi puesto solitario, y era como si mi fuego en la chimenea de la torre y el fuego de ellos allá abajo estuvieran unidos por una secreta filiación, como si fuera esa igualdad de nuestros fuegos lo que de veras nos hacía pertenecer a un mismo linaje, lo que hacía posible que yo siguiera siendo uno de ellos a pesar de la distancia y del tiempo, como si con aquellas brasas que se consumían agitando todo un lujo de fulgores sangrientos yo hubiera traído a mi soledad montaraz nuestro ardiente corazón común.

Muy pocas veces en todos aquellos años subieron a verme mis gentes. Eran sobre todo las mujeres las que pensaban en ello y, tal como eran las cosas, no les resul-

taba fácil llegar hasta mi reducto. Cuando alguna vez lograban poner en movimiento todos los medios necesarios para hacerlo, era tan visible el precio en fatigas y en amorosa obstinación, que casi todo estaba dicho con el esfuerzo de la llegada y con el puro hecho de su presencia allí. No teníamos pues mucho de que hablar, ellas pensaban sobre todo en la tristeza en que imaginaban que transcurría mi soledad, en no sé qué peligros de que me creían amenazado y en las cosas de allá abajo que aquí me faltaban y que a sus ojos debían hacerme sufrir, y los hombres o muchachos que las habían acompañado se quedaban un poco en un segundo plano, conscientes de que aquellas ceremonias les pertenecían a ellas.

Cuando yo bajaba para las Fiestas era otra cosa. No pensaba mucho en ello durante el resto del año, pero jamás se me pasaba la fecha y cuando llegaba el día, todos mis pequeños preparativos habían sido terminados con tiempo, poco a poco, casi sin que yo me diera cuenta. Recibía a Baldomero como cualquier otra vez y ni él ni yo teníamos que mencionar lo distinto de la ocasión. Pero cuando se iba dejándome uno de sus muchachos y una de sus mulas, yo empezaba a vestirme con cierta solemnidad mientras el muchacho deambulaba por la sala y la terraza con aire desorientado y ocioso, como con prisa de empezar a aburrirse, como echando ya las primeras miradas temerosas a aquel inmenso mar de horas ingravidas que tendría que cruzar, a aquella temible fiera indiferente e implacable del tiempo con la que tendría que quedarse a solas. Si era en invierno, el muchacho que tomaría mi lugar se aseguraba siempre repetidamente de que no iba a faltarle el fuego durante mi ausencia. Yo dejaba siempre mucha más leña de la necesaria, y mientras empezaba a bajar embozado hasta las cejas y zarandeado por la mula, sabía que en los primeros días el muchacho quemaría casi toda, que mantendría constantemente un fuego demasiado grande y pasaría más horas fascinado por las llamas y su locura devoradora que oteando desde la terraza o desde las ventanas de arriba.

Los días que pasaba con los míos, entre tantas fogatas, tantas luces y tragos de bebidas ardientes y hasta los innumerables dulces tan azucarados que producían también una leve sensación de quemadura en la garganta, me mareaban un poco, de modo que casi no tenía tranquilidad para echar la vista atrás y comparar mi vida en la torre con aquella vida fugaz y vertiginosa. A través de aquella impresión de chisporroteo y de agitación, entreveía apenas la trama de vida cotidiana sobre la que brillaba aquella profusión veloz y colorida. Yo sabía perfectamente que esa breve convivencia con los míos no se parecía nada a la convivencia de ellos en los largos días atareados mientras yo estaba en la torre; que las alegrías y las penas y hasta los grandes momentos únicos e inolvidables que ellos compartían sin mí eran de otra sustancia que aquella brusca efusión general y reglamentada. Y sin embargo sabía también que mientras yo viviera en la torre tenía que ser ésa la ración de vida común que a mí me tocara. El tiempo de allá arriba y el tiempo de aquí abajo no eran el mismo, pero durante ese breve lapso se cruzaban, y si aquellos pocos días eran para mí, a pesar de todo, un regreso al tiempo de ellos, para ellos eran la irrupción momentánea del tiempo de la torre que yo traía conmigo de allá arriba para que pudieran probar un momento, en la sombra diferente del fondo de mis ojos, en

la distancia distinta desde donde afloraban con otro ritmo mis palabras, su sabor desconocido. De modo que para mí, aunque entre todos ellos yo resultaba el más extraño, era como si la fiesta fuese ante todo mía, como si fuese en realidad mi presencia y la torre de donde venía lo que allí se celebraba, y mi bajada entre ellos fuera la verdadera diferencia que hacía de aquellos días una fecha aparte. Y aunque ellos no podían en realidad compartir el tiempo al que yo vivía unido allá arriba, como tampoco yo podía compartir el que ellos recorrían en sus llanos antes y después de mi presencia, bastaban aquellos días en que nos mirábamos con alegría, en que tomábamos los unos las manos de los otros entre las nuestras, en que a veces llorábamos de emoción y reíamos de desbordamiento, para que el humilde cumplimento de aquellas pequeñas ceremonias de amor fuesen un intercambio de promesas de fidelidad, con las que cada uno aceptaba reconocer entre los suyos al otro y deber lealtad a sus viajes por el tiempo, por muy lejano y muy inhumano que nos pareciera a veces su rumbo.

Y así a mi regreso a la torre encontraba allí esperándome el mismo vasto y misterioso lago de tiempo de invisibles ondas infinitas, y a la vez un tiempo renovado que saltaba hacia adelante desde una roca hecha de tiempo ella misma. Envuelto otra vez en el gran silencio que me cubría como una protección transparente, pasaba muchas horas en la azotea de la torre, sintiendo a veces que el enorme cilindro de piedra que me sostenía había desaparecido bajo mis pies y que yo vivía suspendido del inmenso cielo luminoso, convertido en una pura mirada ingravida que flotaba dominando los horizontes. Y sabía que las capas lisas e inmensas por donde mi tiempo se deslizaba vacío y leve se correspondían en secreto con el tiempo entrecortado y roto de allá abajo, con sus súbitas cascadas y sus breves torrentes tortuosos, y pensaba en ustedes, y en los que vinieron antes de ustedes y vendrán después, recordando el calor de aquellas manos que habían tomado las mías para decirme que por unas y otras corría una misma sangre entibiadora, que ese corazón donde yo escudriñaba las leves marcas que el tiempo desnudo y soberano inscribía, insinuándose entre sus latidos, era el mismo con que ustedes, por lo menos aquellos de ustedes que ya habían nacido entonces, intentaban hablar también con el pulso del tiempo, y descifrar a veces su eco en una multiplicidad de palpaciones.

la fiction . . . . .	Hélène T
favorites dans la fiction . . . . .	Freda, Géraldine
urs préférés . . . . .	Balthus ou Wagner
favorites . . . . .	Amant de Vierge
la vie réelle . . . . .	M. de la Roche, M. de la Roche
dans l'histoire . . . . .	Diogenes
wis . . . . .	Le monde en soi-même
este par-dessus tout . . . . .	Le qui il y a de mal en
origines que je méprise le plus . . . . .	Le monde en soi-même
ire que j'admire le plus . . . . .	Mon s'obéissance
e j'estime le plus . . . . .	
ature que je voudrais avoir . . . . .	Le volonte, et de la
verais mourir . . . . .	Mémoire — et de la